

Páginas Ilustradas

SE PUBLICA CUATRO VECES POR MES

Año I

(Propietarios: Calderón Hermanos)

) N.º 26

DIRECTOR, Próspero Calderón + ADMR., Alberto Medina

A Kempis

SICUT NUBES, QUAS
VELUT UMBRA

Ha muchos años que busco el yermo,
ha muchos años que vivo triste,
ha muchos años que estoy enfermo,
y es por el libro que tú escribiste!

¡Oh Kempis! Antes de leerte amaba
la luz, las vegas, el mar Océano;
mas tú digiste que todo acaba,
que todo muere, que todo es vano!

Antes, llevado de mis antojos,
besé los labios que al beso invitan,
las rubias trenzas, los grandes ojos,
sin acordarme que se marchitan!

Mas como afirman doctores graves,
que tú, maestro, citas y nombras,
que el hombre pasa *como las naves*,
como las nubes, como las sombras,

Huyo de todo terreno lazo,
ningún cariño mi mente alegra,
y con tu libro bajo del brazo
voy recorriendo la noche negra.....

¡Oh Kempis, Kempis, asceta yermo,
pálido asceta, ¡qué mal me hiciste!
Ha muchos años que estoy enfermo,
y es por el libro que tú escribiste!

AMADO NERVO

San José, Costa Rica.—América Central.—12 de Julio de 1904



Publicamos á continuación el hermoso discurso de nuestro compatriota don Carlos Gagini, pronunciado en la ciudad de Santa Ana, - El Salvador, con motivo de la Fiesta de los Arboles :

Señores:

Pocas fiestas hay tan significativas y al mismo tiempo tan simpáticas como la que hoy nos reúne en este recinto. No venimos á asistir á la apoteosis de uno de esos grandes hombres cuyo recuerdo debe perpetuarse en la historia de los pueblos, ni á conmemorar triunfos guerreros que ciñen á la frente de las naciones laureles teñidos en sangre; venimos á celebrar una fiesta sencilla, inocente como la niñez á quien se dedica, pero que, por los sentimientos que la inspiran y por los fines á que se consagra, es una de las más elevadas manifestaciones de la cultura social: la Fiesta de los Arboles. ¡Los árboles! ¿Quién no ha reflexionado más de una vez sobre la significación de esos seres bellos y silenciosos que forman el ropaje más vistoso y rico de la naturaleza ?

Cuando yerguen sus verdes cabelleras, arrancan á la atmósfera sus gases deletéreos y á las nubes su humedad, es decir, el agua que es la vida, y el río, que es la industria. Si faltasen esos puentes que la Providencia puso entre el cielo y la tierra ¿qué sería ésta, sino un inmenso erial sin vida ni encantos ?

¡Los árboles ! De su carne está hecha la cuna que nos recibe al nacer y que asiste al inefable misterio del despertar de nuestra inteligencia; su carne alimenta el fuego que en las ateridas noches de invierno congrega en torno suyo á la familia, de la cual es el más hermoso símbolo; su carne es la casa que nos abriga, los muebles que la alhajan, el ataúd que guarda piadoso nuestras cenizas y recoge en su seno la cadena de dolores, esperanzas y ensueños que forman la existencia. ¿Cómo no amar los árboles? Cuando niños colgámos de sus ramas el columpio y subimos por su tronco para coger los nidos ó la fruta sabrosa; más tarde, en la edad de las pasiones, nuestra mano grabó en su corteza el nombre de la mujer amada, y el árbol, más fiel que el corazón lo conservó muchos años después de haberse borrado de nuestra memoria; y al pie de un árbol el anciano, rodeado de sus netezuelos, abre el relicario del pasado y saca de él enseñanzas para lo porvenir.

¡Cuántos recuerdos dulces ó amargos, cuántos episodios infantiles, horas de felicidad de la juventud y profundas meditaciones de la vejez se asocian á la imagen de esos seres bellos y silenciosos cuyos beneficios jamás apreciaremos bastante!

Para reparar la ingratitud humana, y poner de relieve anualmente los servicios que nos prestan los árboles, las naciones cultas han instituido la fiesta que ahora celebramos. De hoy más el niño velará por ellos, apreciará mejor su utilidad y los plantará á lo largo de los caminos, en el fondo de los valles, en la cima de los montes, en donde quiera que los haya talado la barbarie de los hombres.

Además de su significación económica y moral, esta sencilla fiesta tiene otra no menos elevada: está revelando que nuestra república avanza decididamente por la senda del progreso y comprende cuál es su verdadero destino.

Los países centroamericanos, por la exuberancia de sus terrenos, por sus condiciones climatéricas que los hacen apropiados para toda clase de cultivos, y por otras circunstancias bien conocidas, deben cifrar su porvenir en la agricultura. Locura sería pretender competir en industria con naciones donde la baratura de la obra de mano permite vender los productos a precios fabulosamente bajos. El Salvador es y debe ser esencialmente agrícola, y en este sentido deben dirigirse los esfuerzos de su gobierno. El Salvador, por la calidad de sus terrenos, la laboriosidad de sus moradores y la densidad de su población, llegará a ser la primera de las repúblicas de América Central el día en que consagre todas sus energías a la agricultura y establezca sólidamente el imperio de la paz. La paz es el trabajo, es decir, el progreso. La gloria más pura de la pasa la Administración y de la actual es la de haber cimentado firmemente esa misma paz. Conservémosla a todo trance, sacrificando en aras de la patria mezquinos intereses y rencores: hagamos vibrar en todos los pechos la fibra del patriotismo, y unamos todos los corazones con la cadena de oro de la fraternidad.

Santanecos: vosotros sois viriles como los antiguos guerreros castellanos, y altivos como los pinos que de lo alto de los cerros parecen velar por nuestra simpática ciudad: permaneced siempre unidos como los árboles de la selva, que entrelazando sus ramas y prestándose mutuo apoyo, desafían impunemente la cólera del cielo y el embate del huracán.

He dicho.

C. GAGINI

La destrucción de los hormigueros llamados Babilonia, Tyro, Cartago y Venecia, destrozados bajo los pies de un gigante que pasa: el tiempo, ¿no será una advertencia que la Divinidad hace al hombre?

Sila, Luis XI, Rosas, Robespierre, Richelieu, y Bismark: ¿no serán un mismo hombre que reaparece al través de los tiempos como los cometas?

El amor que no puede resolverse o concluir en una sincera amistad, es un libertinaje momentáneo.

Los hombres tienen dos modos de ser, dos caracteres. Uno para el hogar, para sus íntimos, para su esposa, sus hijos, su familia, que es el verdadero; el otro para la generalidad, para la política, la industria, los negocios, el comercio, la banca; en esta faz aparecen grandes, nobles, generosos, llenos de virtudes y de exquisitas cualidades, ¡qué contraste!

El nido de las aves

Por A. Alfaro

El cuye o

De todas las especies de chotacabras que hay en Costa Rica, dice Zeledón, solo una tiene nombre vulgar y es generalmente conocida, el *Nyctidromus albicollis*, á la cual se da el nombre de cuye o, derivado de su propio grito. Habita esta especie por todo el país y se halla en el número de las que anidan en San José. Construye su nido (si construir puede llamarse el hecho de acinar dos ó tres docenas de palillos secos) en el suelo, eligiendo los lugares menos frecuentados en las breñas y cañaverales. Al acercarse al nido un enemigo cualquiera cuando la hembra está cubriendo sus huevos, tiene la singular costumbre, que también tienen otras aves, de echarse fuera de él y rodar por el suelo en completo desorden y como si tuviera las alas quebradas, alejándose siempre y trayendo hacia sí la atención del intruso, que empeñado en tomarla, pasa desapercibido el tesoro de la afanosa madre. Cuando ésta se considera bastante apartada de los huevos emprende su vuelo y desaparece.

Respecto del cuye o existe en Costa Rica la creencia absurda, entre las gentes del campo, que pretenden que sus huesos reducidos á polvo y puestos dentro del cigarrillo que ha de fumar una mujer, produce en ella el efecto de enamorarse perdidamente del galán que se lo obsequie, por más que hasta entonces le haya sido antipático.

Solo se dejan ver las aves de esta familia al oscurecer y en las noches claras; entonces es cuando buscan su alimento, el cual consiste en insectos que atrapan al vuelo en su enorme boca, que secreta una saliva glutinosa y adhesiva. Sus ojos grandes y salientes, sus costumbres, su plumaje oscuro, abultado y blando, y sus notas lúgubres que solo emiten durante el silencio de la noche, hacen que estas útiles e inofensivas aves sean objeto de las supersticiones del pueblo en todos los países que habitan.

Cuando uno viaja por nuestros caminos vecinales en las primeras horas de la noche, especialmente en los meses de abril y mayo, no tarda en escuchar las notas de estos pájaros que vuelan á un lado y otro de la vía y se posan al medio de ella gritando siempre: *eu... eu... cuye o!*, sin que pueda distinguirse otra cosa que una sombra oscura, á manera de grandes murciélagos revoloteando por encima de la yerba. Durante el día se les encuentra en lugares ocultos, posados en el suelo ó sobre las hojas secas con las cuales se confunden por ser de un color semejante.

Anida sobre la yerba ó hojarascas; á veces deposita los huevos en el suelo enteramente limpio, como tuve oportunidad de observarlo en un cafetal acabado de palear en Santa Clara. Pone dos huevos elíptico-ovalados, de color salmón morenuzco, veteados con manchas del mismo color, pero más oscuras; estas manchas tienen en parte un tinte morado de eliotropo, como en la especie que á continuación nos referimos. Miden los huevos puestos directamente sobre el zacate de un potrero en Alajuela y colectados el 8 de

Mayo de 1887, el uno 28 milímetros de largo por 21 de grueso y el otro 29 por 20½ milímetros

Antrostomus carolinensis

Recorre este pájaro desde los Estados Unidos hasta la América del Sur en sus excursiones migratorias. Sale del Norte á principios de setiembre y no regresa á su patria antes de comenzar el mes de abril, para entregarse á la tarea de anidar en su propio suelo, regresando primero los machos por ser más fuertes y diestros para recorrer la inmensa distancia que separa la región tibia de los trópicos de las tierras heladas del Septentrión. Ejecuta su viaje de ida y vuelta volando por las noches, y no en grandes bandadas como lo hacen otras aves migratorias. Durante el día permanece oculto en lo más sombrío de los bosques, posado sobre el suelo, en los troncos podridos, en las rocas desnudas ó en las ramas bajas de los matorrales, apartado de la luz del sol y de la compañía de otros pájaros, aún de su misma especie.

Lo mismo que el cuyeó, deriva su nombre inglés de su canto monótono, que pudiera traducirse ó representarse con las palabras *chuck-will's-widow*, repetidas á menudo y con tal fuerza que pueden oírse á más de un kilómetro de distancia, desde el oscurecer hasta las nueve de la noche.

Se alimenta de abejones, hormigas aladas, grillos, langostas, mariposas vespertinas, y otras clases de insectos; á veces, cuando las circunstancias lo permiten, también caza pájaros pequeños como el colibrí, los cuales se traga enteros, sin desgarrarlos como lo hacen las aves de rapiña.

Según dice el Capitán Bendire (*) este pájaro no fabrica nido: deposita sus huevos sobre las hojas secas que se hallan en el suelo de los bosques incultos y á veces sobre la pura tierra. Pone dos huevos, en días alternos, quedándose en el nido después de depositado el primer huevo; aunque el macho es sumamente cariñoso durante la época del celo y ayuda á proteger con sus cuidados á la futura prole, parece que es á la hembra á quien corresponden las funciones de la incubación.

Los huevos son elíptico-ovalados, de un fondo amarillo de crema, á veces blancos, jaspeados á manera de mármol con los matices más caprichosos de color moreno prieto, gris de perla y morado de eliotropo. Su tamaño varía mucho; sin embargo, puede darse como término medio: 36 por 26 milímetros.

Por lo visto se comprenderá que esta es una ave mucho más grande que el cuyeó común, si bien en su coloración y costumbres, ambas especies son muy parecidas.

Estos pájaros tienen el cerebro pequeño si se compara con los de otras aves y son estúpidos por razón natural. Han resistido, sin embargo, en la lucha por la vida, debido al color de sus plumas, que se confunden con las hojas secas y con las ramas podridas donde acostumbran posarse. En el suelo se agachan tanto como les es posible y en las ramas se echan á lo largo, confundiéndose completamente con la corteza de ellas, de manera que sus enemigos pasan junto á su lado sin notarlos. Tales son los medios de defensa que la simulación natural ha puesto á su alcance para compensar la estupidez!

(*)—Life Histories of North American Birds. Washington, 1893. Pág. 145.

Fantasmas

— Si es cierto — me dijiste comovida —
que abandonando su refugio eterno,
suelen volver los muertos á la vida
en las calladas noches del Invierno;

Que si sufren, con voz aterradora,
demandan de los vivos las plegarias,
y sólo á los rellejos de la aurora
retornan á sus tumbas solitarias;

Si es cierto, y el viniera y profanado
hallara el lecho que dejó vacío,
¡qué dijera si al vernos, indignado,
pidiese cuenta del perjurio mío!

De cómo pude yo, falaz y artera,
jurar que nuncas de tu amor los lazos
el alma, que era suya, hallar pudiera,
si me entregaba en tus amantes brazos.

Por eso tengo, de la estancia obscura,
hondo terror que dominar no puedo.
No me dejes; la aurora aun no fulgura;
aproxímate más, que tengo miedo.

Mira; con clara luz — ¡luz importuna! —
alumbra el cementerio de la aldea,
impasible y fatídica, la luna.....
Turbase mi alma y mi razón flauea.

Porque al mirar el blanco campanario
entre la sombra que proyecta el huerto,
me parece que, envuelto en el sudario,
se alza terrible el engañado muerto.

Y de sus pasos fingeme el ruido
el murmullo del viento entre las hojas....
— Como tanto te quiero, me he reido —
te dije, — de esas fútiles congojas.

Los muertos nunca vuelven á la tierra;
déja temores locos y pueriles,
y olvida la patraña que te aterra,
digna sólo de cuentos infantiles.

Sus miembros quedan en la tumba opresos;
ni celos siente, ni el pesar le acosa,

y ni al rumor de nuestros dulces besos
alzar intenta la pesada losa.—

Senti agitarse tu ardoroso pecho,
olvidamos el triste camposanto,
y unidos en la sombra, en lazo estrecho,
busqué tus labios y enjugué tu llanto.

Hoy mi huésped constante es el hastio,
y hay en mi corazón tanta tristeza,
que late enfermo y desolado y frío
sin que halla encanecido mi cabeza.

Ni esperanzas abriga en lo futuro,
ni lo engañoso del pasado anhela;
la nieve de un invierno prematuro,
más que la escarcha de la edad, nos hiela.

Sólo en noches de insomnio, entre la sombra
donde la vista fatigado pierde,
se levanta un fantasma que te nombra:
fantasma de tu amor es su recuerdo.

No es un fantasma de pasados bienes,
de blanca ropa y fulgurantes galas,
que dé frescura á mis marchitas sienes
con el contacto de sus niyeas alas:

Más que la sombra, es negro su ropaje;
es su beso morboso, asco que quema;
sus palabras de amor son un ultraje,
y su presencia sola, un anatema.

Cierro los ojos, cubrime la frente;
mas él lleva sus labios á mi oído,
y me culpa de abrirte la pendiente
del abismo sin fondo en que has caído.

Me cuenta tu abandono, tus desvelos,
tus torpes dichas de mujer manchada....
Y hasta que luce el sol sobre los cielos,
no abandona el espectro mi morada.

Y ya comprende el alma comovida,
cuando la hiere el torcedor interno,
como hay muertos que vuelven á la vida
en las calladas noches del Invierno.

FRANCISCO A. DE ICAZA

Doctor don Mariano Padilla



Nació este distinguido caballero en la ciudad de Guatemala el 3 de abril de 1844. Fueron sus padres el ilustre centro-americano Dr. don Mariano Padilla y doña Juana Matute.

Hizo sus estudios de segunda enseñanza en la Universidad de aquella misma capital, con tan buen éxito que á los 13 años de edad obtuvo el título de Bachiller en Ciencias Naturales.

No fueron menos rápidos sus progresos en los estudios profesionales, pues apenas cumplidos los 18 años recibió el título de Bachiller en Medicina, y á los 20 la Licenciatura.

Pocos años después coronó brillantemente su carrera con la borla de Doctor en Medicina y Cirugía.

En setiembre de 1864 vino á Costa Rica en viaje de recreo y regresó á su patria después de pocos meses de permanencia entre nosotros.

En 1865 volvió á este país, regresando á Guatemala en 1877. Dos años más tarde, en 1879, vino para establecerse definitivamente en la ciudad de Alajuela, en donde contrajo matrimonio en primeras nupcias con la señorita Teodora González, y en segundas con la señorita Ninfa Soto, ambas de familias muy distinguidas de aquella culta sociedad.

Es el Dr. Padilla el fundador del Hospital de San Rafael de Alajuela, al que sirvió gratuitamente y de manera abnegada durante seis años.

Desde su llegada á Costa Rica ha merecido el cariño y consideraciones de todas las personas que lo conocen y tratan; y en la actualidad, por sus benéficas obras, por su buen corazón y por su afabilidad es el Doctor Padilla una de las personalidades más queridas en Alajuela en donde se le considera como benefactor.

Páginas Ilustradas honra hoy sus columnas con el retrato del Dr. Padilla, y hace votos por que la distinguida sociedad de Alajuela conserve en su seno por muchos años á ese hombre tan querido.

Cuando las ciencias se generalicen y lleguen á un grado superior, tal vez nos será permitido hacer la historia natural de los corazones, de numerarlos, clasificarlos en géneros, subgéneros, en familias, en crustáceos sorianos, en microscópicos, etc.; y se demostrará, que existen corazones sensibles, tiernos, delicados como las flores y que perecen como ellas por ligeros frotamientos, á los que no son sensibles ciertos corazones minerales..

Flor negra

Cuando á la media noche me despierta
El medroso aullido
De mi perro, que acaso, mal dormido
En el umbral obscuro de mi puerta,
De los trasnochadores el ruido
Oye en la calle lóbrega y desierta;
 O el alerta
 Del gallo,
 Que en las hondas tinieblas sumergido
Cela, ampara y vigila su serralio;
 Me incorporo en mi lecho,
 Me incorporo y medito
En el daño espantoso que me has hecho;
 En el mal infinito
 Que me causó tu amor.... ! amor maldito
 Que arrancar no he logrado de mi pecho,
Y abro los ojos en la sombra; entonces,
 Mientras que á mis oídos
Llegan los melancólicos tañidos
 De los lejanos bronces,
 Evoco, soñoliento,
 Los recuerdos queridos
Qué llenaron de luz mi pensamiento,
Recuerdos ¡ay! de las difuntas horas
En que bebí la luz de tus pupilas
Negras, pero brillantes como auroras !
.....
¿por qué os fuisteis tan presto, horas tranquilas,
Muertas encantadoras ?

JULIO FLOREZ

Primavera

Su deslumbrante pabellón de flores
prende la primavera en las colinas;
empiezan á trinar los ruiseñores
y entre nubes de vívidos colores
regresan á su altar las golondrinas.

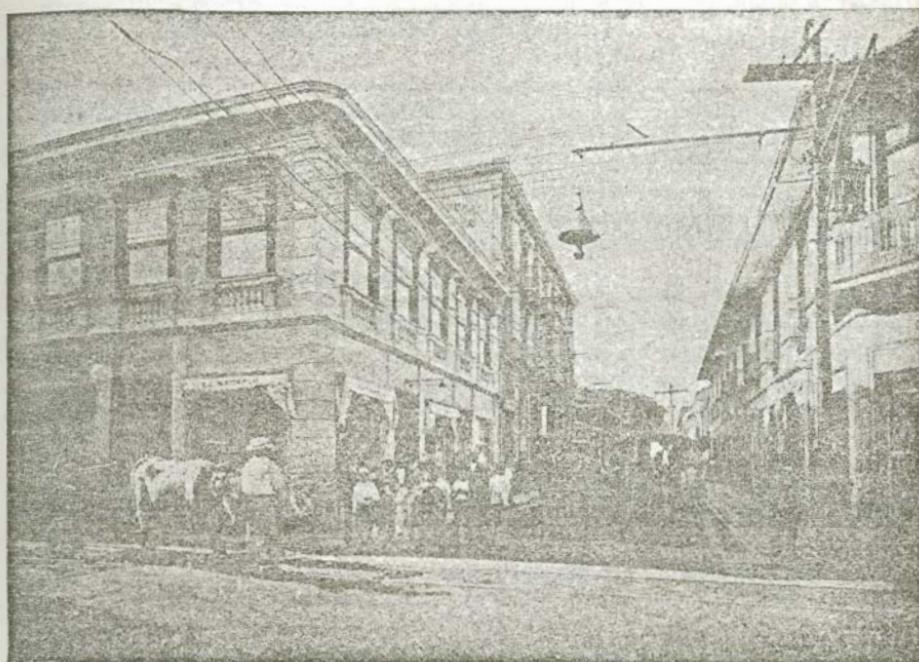
Dolor, que eres conmigo, quién pudiera
huír de los eternos invernales!
aquí, en mi corazón, la duda impera,
y muere sin tener su primavera,
golondrinas de amor: mis ideales !

ANDRÉS A. MATA

Numancia

I

He creído siempre que la América latina y la vieja España tienen comunidad de intereses, de recuerdos y de glorias en toda la tradición hasta el siglo XIX; son sus héroes nuestros héroes, prestigios suyos aquellos prestigios que han abrillantado la historia patria. No fué una colonización lo que España hizo en América; fué un trasporte de sangre, de recursos, de vitalidad: una fuerza y un poder que reemplazaron á los pueblos y á las civilizaciones indígenas, sobreponiendo en la representación, en la vida interior y exterior, en la actividad, todos los elementos y energías de Europa y cambiando dioses, cultos, hábitos y sistemas. Ramas de un tronco robusto extendidas por encima del mar, y arraigadas en el continente americano.



Fot. Rudd

San José.—Costa Rica.—Vista en la Calle 20.^a, Sur

Siendo pues, unos, en el dilatadísimo espacio en que se habla nuestro bello idioma, no creo faltar al interés de lo que nos es propio, al traer á la memoria las impresiones personales de otro tiempo.

II

Numancia, Viriato, las Navas de Tolosa, Granada, Zaragoza, Gerona, son nombres oídos desde la niñez en todos los hogares españoles. La madre

cariñosa se yergue al referir los patrios heroísmos. No importa el lenguaje más ó menos culto, el detalle más ó menos culto, el detalle más ó menos exacto. Hay en esos recuerdos de las veladas de las frías noches, el sabor de un hermoso idilio, la ternura de una oración para los que fueron, el estímulo para los que van á ser. El niño oye comprendiendo á medias: una cosa entiende bien; que si llegaran peligros á la patria, debe saber morir por ella y hacerse digno de sus padres.

Ningún nombre sonaba en mis oídos con más sonoridad y estruendo que el nombre de Numancia. Deseaba contemplar las ruinas de la ciudad heroica, coger las piedras testigos de tanta grandeza y envidiarlas de cerca por la fortuna que tuvieron.

Pasaron muchos años y no cedía el deseo ni tampoco se presentaba la oportunidad. Por fin llegó el día. Tres amigos tomamos el tren de Madrid á Sigüenza en una templada noche de la primavera de 1871. Un carroaje nos condujo de Sigüenza á Soria. En esa pobre y triste ciudad hicimos nuestros preparativos porque queríamos registrar palmo á palmo el campo de sangre en que se inspira el patriotismo de veinte siglos.

A una legua de Soria, en la confluencia del Duero y el Tera, y sobre una colina que pertenece al término municipal de Garay, estuvo edificada Numancia. La superficie es limitada: una ciudad comprendida en tan estrecho perímetro no puede tener más de cincuenta ó sesenta mil habitantes, puesto que no se extendía por el llano. En poco rato estuvimos sobre el terreno; un terreno árido y estéril. En vano buscamos un tapial, un cimiento saliente, algún foso, cualquier indicio: ninguna diferencia con otras colinas y otras soledades. Una que otra roca sin señal ni evocación de recuerdo. Bastante, sin embargo, para nuestra fantasía.

Largas horas de investigaciones pasamos en aquel sitio, y á medida que transcurrián, absorbidos por los recuerdos, íbamos sin darnos cuenta animándolo todo. Llegó la noche y nos acostamos sobre nuestras mantas de viaje, pero no dormimos. La fantasía entonces tomó vuelo, y reconstruyó la ciudad y trajo los tiempos del valor más grande y del sacrificio más terrible que vieron las edades.

Rechazados los cartagineses de todas partes en la Península por Roma y sus ejércitos, el vencedor que halagara á los naturales durante el combate, los trató con dureza fencido el peligro. Los celtíberos no querían sufrir el yugo; y aunque sin acuerdo entre ellos, hacían conocer á los romanos cuán difícil es dominar á un pueblo que tiene la independencia por el primer bien de la vida. Roma, á pesar de todo, se imponía por la disciplina de sus legiones y el genio de sus caudillos.

Alzados los sejedenses, hicieron pagar cara su derrota, y odiando la sumisión, se refugiaron en Numancia, la ciudad más fuerte de la Celtiberia propiamente dicha. Ninguna querella mediaba con Roma, pero sí mediaba con los sejedenses el interés del compatriotismo y la admiración á su firmeza y su amor á la libertad.

El cónsul Quinto Fulvio Nobilior pidió á los numantinos la entrega de los sejedenses, y los numantinos la negaron; amenazó, y respondieron que el huésped es sagrado y que preferían la guerra á la infamia. Sitió Nobilior la ciudad, y perdidos doce mil hombres, tuvo que retirarse, sin alcanzar mejor éxito otros cónsules y generales. Roma se veía detenida en la glo-

riosa carrera por un puñado de valientes: vencedora de Aníbal y de Filipo, dueña de la mitad del mundo, no podía comprender el enorme fracaso. Despues de siete años de lucha, derrotado el cónsul Mancino, se firmó un tratado de paz que no aprobó el Senado. Mancino se entregó voluntariamente á los de Numancia en testimonio de su buena fe y de su sinceridad, y una escolta le devolvió al campo romano; no acusaban al cónsul; no querían víctimas en represalia, sino su derecho y su independencia.

Escipión Emiliano se puso entonces al frente de las legiones: en ella figuraban, Mario, el futuro dictador, y el mayor de los Gracos. Un sitio apretado privó á la ciudad de todo recurso y apoyo. Pidieron la paz los numantinos bajo condiciones honorosas, y negada por Escipión, se restableció



Fot. Rudd

UNA VISTA EN PIGRES

el combate, más furioso que nunca, más horrible que cuanto podía recordarse en la historia de las humanas contiendas. A menos de seis mil quedaban reducidos los defensores hábiles. Tomaron las armas los enfermos, los heridos, los ancianos, las mujeres, los niños; vencidos en una salida se suicidaban atravesándose el pecho con sus armas, ó rompiéndose el cráneo contra los muros. Habiéndose consumido todos los animales vivos, desde los caballos hasta las ratas, todas las correas y pieles, las yerbas nacidas bajo las murallas; aun se vería una cosa más tremenda: se vería consumir los cadáveres; los romanos no vieron furor igual en sus mil años de campañas.

Y cuando se perdió la esperanza y era imposible sostener las armas, antes que los legionarios entrasen en la ciudad, vieron un espectáculo espantoso: hombres y mujeres, niños y ancianos, escuálidos todos, se arrojaban en tumulto de la muralla, mientras la ciudad ardía y los últimos guerreros acometiendo como locos iban á morir entre las filas romanas. Al decretar Escipión la destrucción de la ciudad, la ciudad no existía ni había entre sus ruinas hombres que prefieran la vida con la esclavitud á la muerte con honor; fué la victoria más costosa para los romanos y menos noble para los conquistadores. Y fué la derrota un timbre de gloria, un ejemplo inmortal, una creación de almas grandes que harían del patriotismo la primera virtud, y de los recuerdos de Numancia la enseñanza primera entre todas las gloriosas tradiciones.

En aquellos pobres terrenos, en aquel paisaje que nada dice á los extraños, halla el hombre de nuestra raza el germen de la patria, el alma heroica que advierte contra los desfallecimientos y maldice á los que niegan el derecho de los pueblos á la libertad y á la independencia.

VALERO PUJOL

Bromas

ROSAS Y CLAVELES

Al pálido escritor R. I. P.

Las rosas,
las rosas primorosas
de perfumes embriagantes,
las rosas que aguizan en las tardes,
en las tardes opalinas, en las tardes elegantes,
las rosas cuyo cálix de esmeralda
satura el ambiente de esencias penetrantes,
esas rosas
olorosas....
semejan de la vida
la perdida ilusión,
la ilusión que se aleja,
que se aleja,
que se aleja,
como un barco,
como un barco
que se esfuma
en la bruma
matutina
y
de luz....

Los claveles,
los claveles juguetones,
de rizada y gluaca frente,
los claveles que se mecen en sus tallos,
en sus tallos climbantes, en sus tallos luminosos,
los claveles de hojas sonrosadas
con matices levantinos,
los claveles indolentes....
semejan del amor
las vanas esperanzas,
que se mueren,
que se mueren,
como un lirio,
como un lirio
que se inclina
en la bruma
matutina
y
de luz....

NARCISO MARCHITO

La muerte de Dionisio

No está en lo cierto el gran Sófocles al asegurar que Dionisio, el viejo y neurótico tirano de Siracusa, murió de alegría, ni tampoco otros buenos historiadores, cuando dicen que murió envenenado por su hijo, que ambicionaba el trono. Dionisio entregó el alma á Plutón de una manera extraña. Ahora, oíd la leyenda que contiene un antiguo pergamino, encontrado en una empolvada biblioteca de una de las ciudades del Sur de Italia.

Dionisio regalaba con un magnífico festín á Dión, uno de sus ministros y generales más temibles que había puesto terror en los escuadrones cartagineses.

El déspota era espléndido y caprichoso. Gustaba de reunir hombres célebres é ilustres al rededor de su mesa, para que lo tuvieran como protector de las artes y de la Filosofía. Allí estaban esa noche Platón, Felisto, Damocles, Focio, Fabricio, Cimias, y otros muchos griegos y cartagineses, todos ellos filósofos, músicos y poetas.

El banquete tocaba á su fin. La música embriagadora de las hetarias hinchaba el cálido ambiente del salón cubierto con mullidas alfombras de Cachemira y adornado con opulentas velas de Tiro; reía la luz de las antorchas en las armoniosas y desnudas estatuas, salidas del mágico cineel de Fidias, en los delicados cuadros de Melanto y en las soberbias obras de Apeles y el sueño invisible empezaba á coronar de adormideras las cabezas de los convidados.

Dionisio era feliz en aquel momento, porque se encontraba borracho ya. Luenga barba, barba innoble orlaba su rostro, pálido por las frecuentes libaciones. Era tan encendida la púrpura de su manto, que parecía que acababan de sumergirlo en un baño de sangre. Descanzaba su corona de oro sobre un trípode cercano, y su pulimentada calva de marfil resplandecía bajo el riquísimo techo, de donde colga-

ba una fulgurante espada de acero amenazando á los comensales.

Habló el Rey, sonriéndose estúpidamente: No podéis quejaros de mi, buenos amigos. Artista y filósofo soy, y por eso os tengo en tanto aprecio y estima. ¿No es cierto lo que digo, Platón? Os he obsequiado con toda la delicada volatería del Atica y con los más añejos vinos del Chipre y de Tenedos, en ánforas salpicadas de áureas estrellas. Tú Filisto, mi cronista, lo puedes asegurar. Y tú Damocles, desventurado Damocles, medroso Damocles ¿No estás esta noche contento del gran Dionisio? Si hubieras tenido más valor, la felicidad sería tu esclava. Te senté en mi trono, te hice adorar por mis guardias, fuiste un monarca como yo durante algunos días, y renunciaste á todo esto por no tener sobre tí esa espada que cuelga sobre nosotros.

Todos los invitados alzaron los ojos, viendo la terrible espada, prendida al extremo de un hilo, temblorosa y resplandeciente.

Y él continuó:

Esto nos prueba, amigos, que la fortuna está amenazada de continuo por la desgracia, y que no siempre se es tan feliz como el Rey Giges. Como tú, Platón, yo soy algo filósofo. Y no solo filósofo, sino músico y poeta. En Atenas haría furor con mi lira, y esta misma noble y orgullosa Atenas, no ha mucho que premió una de mis tragedias, en las fiestas de Baco. Oh el Arte.....

En estos momentos oyéreronse unos ayes, que llenaron de estupor á la reunión.

No os asustéis, dijo Dionisio. Son unos prisioneros que he mandado á ejecutar. Me estorbaban. Mañana acabaré con los cabecillas de la última conspiración de Siracusa. Los más comprometidos tamarán cicuta, y los otros al destierro. Y no es que sea feroz ni sanguinario. Soy clemente y accedo á todo. A Calistenes lo hice ahogar en un tonel de

vino: le gustaba mucho, sobre todo el Falermo. Heracles era partidario de los átomos: por eso lo mandé cortar en pedazos. Y Fedón? ¡el pobre! decía que por el olfato se puede alimentar el hombre. Para hacer un ensayo, lo encerré en un jardín amurallado, y á los siete días se murió de hambre, de pura hambre, á pesar del aroma de las flores.....

Dionisio llevó con mano torpe á sus labios la postrimera copa de Falermo, desplomándose completamente ébrio sobre el triclinio.

Agonizaba la luz de las antorchas; dejaron de vibrar las liras y una semi-oscuridad invadió la sala del festín. De repente, la espada retorcióse como si tuviera vida, cayendo sobre la mesa y ondulando como serpiente de fuego, después de lanzar un silbido siniestro. Un grito de horror se escapó de la boca de los convidados, y sus semblantes se pusieron lívidos al reflejo trémulo de las antorchas. El reptil serpeó entre las ánforas y las fuentes de plata, lanzándose sobre la cabeza del tirano é incando en ella sus colmillos. Enderezose Dionisio rugiendo, para caer enseguida inerte sobre la alfombra, en tanto que la fantástica culebra desaparecía en una de las sombrías esquinas del salón.

Cuando los aúlicos y los guardias llegaron, el Rey yacía muerto sobre la alfombra de Cachemira, estrujando bajo la espada su soberbio manto purpúreo, semejante á una fresca degollación, de donde surgía resaltando su enorme cabeza pálida, bajo el bosque de los brillantes sables desenvainados en lo alto y las antorchas traídas por los esclavos atónitos.

JUAN RAMÓN MOLINA

La pereza, la indolencia, la ociosidad, vicios tan naturales en los niños, desaparecen cuando juegan; pues en sus juegos son vivos, aplicados, exactos, amigos de la puntualidad, de las reglas y de la simetría. No se per-

donan la menor falta los unos á los otros, y empiezan muchas veces por su propio gusto lo que no les sale bien. Presagio cierto de que podrán un día descuidarse en sus obligaciones, pero no en sus placeres.

NOTAS * * * * *

* * En otro lugar de la presente edición ofrecemos á nuestros lectores una vista tomada en el lugar llamado Pigres. Respecto de él dice el Sr. Noriega en su importante *Diccionario Geográfico de Costa Rica*, lo siguiente:

Nueva población creada por decreto de la Comisión Permanente, de fecha 3 de marzo de 1903, en el extremo oriental de la lengua de tierra comprendida entre la costa del Golfo de Nicoya, la desembocadura del Río Grande de Tárcoles, banda derecha, y el estero conocido con los nombres de Tucuico, Guacalito, ó la Mariana. Antes era dicho lugar ranchería de pescadores; pero posteriormente al decreto citado se han hecho algunas construcciones y en breve será un lugar de veraneo y balneario por las ventajas que ofrece. A una situación de las más pintorescas y á condiciones climáticas excelentes, une la naciente población, la cercanía á que el Ferro Carril del Pacífico la ha colocado de las principales ciudades del interior.»

* * Tenemos en preparación una serie de preciosas vistas del lugar en referencia, las que iremos publicando poco á poco, en la seguridad de que ellas agradarán mucho.

* * A la apreciable familia del que fué respetabilísimo caballero don Eduardo Charpentier presentamos las muestras de la más sincera condolencia.

* * Muy bien recibida por el público ha sido la novelita *La Primera Sonrisa* del joven escritor José Fabio Garnier.

Después nos ocuparemos detenidamente del libro.

Por ahora nuestro aplauso á Fabio.

* * Damos las gracias á nuestro amigo don F. F. Noriega por el obsequio que nos ha hecho de un ejemplar de su interesantísimo libro *Diccionario Geográfico de Costa Rica*; obra que ha tenido un éxito completo, por lo que felicitamos al laborioso autor.

* * Muchos de los datos que nos sirvieron para elaborar algunas de las biografías publicadas en nuestro número anterior fueron suministrados por el Lledo, don Octavio Quesada, entresacados de su *Diccionario de Legislación y Jurisprudencia*.

* * Nuestro sentido pésame al señor Licedo, don Manuel J. Fernández y señora por el fallecimiento de su niñito.

Imprenta, Litografía y Encuadernación de la Librería Española

DE

→———— MARÍA V. DE LINES —————←